

Articles

VIRGINIA YOLDI LÓPEZ*

La etología contra la mujer: el caso de I. Eibl-Eibesfeldt

I. INTRODUCCIÓN: SOBRE LA ETOLOGÍA HUMANA

La Etología es una Biología del Comportamiento y, en cuanto tal, pretende el estudio de la conducta desde el punto de vista filogenético, estableciendo qué comportamientos responden a una programación innata y cuáles son adquiridos por el sujeto mediante aprendizaje a lo largo de su vida. La perspectiva etológica es eminentemente evolucionista, al asumir que las conductas que persisten han sido seleccionadas por resultar las más adaptativas en el habitat concreto de la especie y permitir así la supervivencia y reproducción de la misma.

La Etología Animal surge a principios de este siglo,¹ se desarrolla como disciplina científica autónoma a mediados del mismo,² y en las últimas décadas se ha convertido en una ciencia de gran auge e impacto popular, subdividida en múltiples especialidades que estudian cada especie o tipo de especie.³

Una derivación de la Etología Animal es la Etología Humana, que con el mismo enfoque evolucionista toma como objeto de estudio el comportamiento del ser humano. A algunos de los primeros cultivadores de la Etología les resultó lógico extender sus investigaciones al animal humano para determinar cómo influyen las programaciones innatas en su conducta. Así lo hizo K. Lorenz, principal impulsor de la Etología, que dedicó varios libros al tema del comportamiento humano entendido como una adaptación filogenética. El más conocido y polémico fue *Sobre la agresión*,⁴ donde pretende hacer ver los beneficios adaptativos de esa conducta para la especie y su raigambre genética.

* Profesora de Filosofía en EE.MM. Becaria de la Subdirección de la Mujer del Gobierno de Navarra.

1 Son clásicos los estudios sobre aves de Ch. O. Whitman, O. Heinroth y E. Howard en los comienzos del siglo.

2 Los principales sistematizadores de esta nueva ciencia fueron K. Lorenz, N. Tinbergen y K. Von Frisch.

3 Han alcanzado singular popularidad los estudios primatológicos de J. Goodall y D. Fossey.

4 Lorenz, K.: *Sobre la agresión*. Madrid, Siglo XXI, 1985. Otras obras de temática similar son: Lorenz, K.: *Los ocho pecados mortales de la humanidad civilizada*. Barcelona, Plaza y Janés, 1975 y *Decadencia de lo humano*. Barcelona, Plaza y Janés, 1985.

Ha sido I. Eibl-Eibesfeldt, un discípulo de Lorenz, el autor que ha dotado a la Etología Humana de estatuto científico, elevándola a disciplina autónoma en los años sesenta. Actualmente lidera las investigaciones alemanas sobre Etología Humana y es presidente de la *International Society for Human Ethology*. Su prestigio y aura de rigor se basan en que trata de aplicar métodos objetivos y científicos a sus estudios, utilizando para ello numerosos datos procedentes del análisis de filmaciones, del estudio comparativo del mayor número posible de culturas, de encuestas contrastadas, de los resultados de la psicología experimental, de informes sociológicos, de la experimentación animal... y, en general, de toda otra disciplina científica que aporte datos significativos sobre el comportamiento humano.

Casi cualquier libro sobre Etología que consultemos y muchos otros que desde distintos ámbitos de investigación pretenden apoyarse en la Etología, harán referencia a Eibesfeldt y sus conclusiones. En nuestro país, donde la Etología Humana no está demasiado desarrollada, las obras de etólogos como Alsina⁵ o Alonso de Medina⁶ son buena prueba de la influencia de este autor.

Pues bien, lo que trataré de poner de manifiesto en estas páginas es que Eibesfeldt mantiene respecto a las mujeres y su comportamiento una serie de prejuicios que atraviesan toda su visión de la conducta humana y que hacen que de ella se desprenda, implícita o explícitamente y –como intentaré mostrar– de modo injustificado, la inferioridad femenina por motivos aparentemente biológicos, la adecuación innata de la mujer al papel de ama de casa y su inadecuación para otros roles sociales, y la «natural» subordinación de la mujer al varón.

Aunque este análisis no supone el rechazo de todas las conclusiones de Eibesfeldt respecto al comportamiento humano, espero que sirva al menos para acercarnos a su obra con cierta prevención en lo que se refiera a la conducta femenina.

II. PROBLEMAS GENERALES QUE PRESENTA EL INNATISMO CONDUCTUAL

Conviene tener en cuenta una cuestión previa: el presupuesto fundamental del que parte la Etología Humana, a saber, la programación innata de algunas complejas conductas humanas, no está, ni mucho menos, más allá de toda duda razonable. Puede ser que en animales no presente demasiadas dificultades la asunción de ese supuesto dado lo estereotipado de muchas de las conductas, su universalidad en la especie y su presencia en la cría en aislamiento (aunque en animales con alta capacidad de aprendizaje, como los primates, no se dan siempre esas circunstancias y puede hablarse de protoculturas). Pero en humanos

5 Alsina, J.: *Etología, ciencia actual*. Barcelona, Anthropos, 1986.

6 Alonso de Medina, E.: *El animal humano*. Barcelona, Barcanova, 1991.

no es fácil probar tal universalidad, ni tenemos cría en aislamiento significativa, y prácticamente ninguna conducta está rígidamente estereotipada. Como lo único que nos sacaría de dudas respecto al innatismo del comportamiento es conocer a fondo el supuesto mecanismo que liga los genes con la conducta, y tal conocimiento está hoy lejos de ser un hecho,⁷ el escepticismo respecto a las conclusiones de la Etología Humana en general (y no sólo respecto a las de Eibesfeldt sobre las mujeres) está justificado.

Hay muchos problemas añadidos para la aceptación del ideario de la Etología Humana. Así, la definición de los términos utilizados no siempre es ni puede ser unánime,⁸ sobre todo cuando se trata de conductas complejas como las que gustan de tratar los etólogos: la agresividad, el comportamiento sexual, el establecimiento de jerarquías, la conducta maternal, etc. Falta una clara definición del objeto de estudio, requisito imprescindible para considerar rigurosa una investigación. Los prejuicios culturales a la hora de describir determinado comportamiento son difíciles de evitar, introduciéndose incomprensiones o velados juicios de valor que restan objetividad a la investigación. La demarcación de lo que responde en la conducta a influencias innatas y lo que responde a influencias ambientales es, no ya difícil, sino tal vez imposible en seres humanos de altísima plasticidad cerebral; muchos autores consideran hoy que esa dicotomía básica para la Etología («la aportación de la herencia y del medio ambiente es, desde luego, investigable»)⁹ es falsa.

De modo que incluso cuando Eibesfeldt habla de «preprogramaciones» (ya que dice no creer en rigurosas determinaciones genéticas), no está claro a qué se refiere con ello ni si ese término se corresponde con algún significado objetivo, máxime cuando el autor tiende en su discurso a olvidar el «pre» y a atribuirles una influencia de acusada rigidez.

Lo dicho no significa que haya que adoptar un punto de vista absolutamente ambientalista para comprender la conducta humana. Es evidente que la biología debe condicionar de algún modo nuestro comportamiento, pero lo cierto es que no sabemos apenas nada con seguridad sobre cómo lo hace, hasta dónde lo hace y en qué circunstancias, lo que implica que conviene adoptar una cautela extrema al aventurarse en estos terrenos. Cautela muy necesaria si tenemos en cuenta que la suposición del innatismo de determinada conducta humana puede tener graves consecuencias sociales, políticas y éticas,¹⁰ singularmente para las mujeres.

7 Como hace notar Ruth Hubbard en Hubbard, R y Wald, E: *Exploding the Gene Myth*. Boston, Beacon Press, 1993.

8 Esta es una crítica que desarrolla R. Bleier respecto a los sociobiólogos en Bleier, R.: *Science and Gender*, Pergamon Press, 1984.

9 Eibl-Eibesfeldt, I.: *Guerra y paz*. Barcelona, Salvat, 1987, p. 51.

10 Véase, a este respecto, Lewontin, R.C.; Rose, S. y Kamin, L.: *No está en los genes*, Barcelona, Crítica, 1987.

III. LA CONSIDERACIÓN DE LA MUJER EN LA OBRA DE EIBL-EIBESFELDT: PREJUICIOS, OLVIDOS Y CONTRADICCIONES¹¹

No debemos olvidar que Eibesfeldt es fiel seguidor de K. Lorenz, quien mantiene en sus obras una postura respecto a las mujeres típica del modelo en circulación en los años 50 en Europa: una actitud «respetuosa» hacia la mujer basada en la condescendencia y el paternalismo. No menosprecia a las mujeres explícitamente, más bien las alaba, pero manteniéndolas en la sombra en sus análisis de la humanidad. Así, deja a la mujer fuera de todo lo que considera exclusiva y gloriosamente humano, como la transmisión de la tradición, el entusiasmo, la autoridad moral y social, la autonomía o el progreso intelectual, y muestra su admiración hacia ella como madre y esposa.

Como veremos, parte de todo eso se reproduce en Eibesfeldt, que acepta bastante acríticamente ese estereotipo.

1.- Rasgos innatos del varón y de la mujer según Eibesfeldt:

1.1.- El carácter de hombres y mujeres:

Dice Eibesfeldt que el varón busca el dominio, es ambicioso, desea el éxito, y supone, para dar a esto un barniz de causalidad biológica, que «quizás exista algo parecido a una apetencia de reconocimineto de inducción androgénica. Es lo que yo sospecho».¹² No aporta pruebas y, en el contexto de programaciones innatas en el que él escribe, sus opiniones llevan a suponer que la mujer ambiciosa o que busca el dominio o el éxito es prácticamente un ser de naturaleza patológica.

Asume la teoría hormonal de la agresividad que considera al varón más agresivo que a la mujer, teoría que ha discutido ya R. Bleier¹³ basándose en el desconocimiento real de la influencia de las hormonas en el comportamiento. Lo más inaceptable es que el autor equipara agresividad a competitividad intelectual, económica y social, justificando así el monopolio del varón en esas áreas por motivos «biológicos»: «seguro que un hombre carente de agresividad no habría hecho progresos dignos de mención en el ámbito intelectual ni en el social».¹⁴ En esta identificación hay un salto lógico y semántico injustificado que le sirve al autor para excluir implícitamente a las mujeres (que supuestamente son no agresivas) de cualquier ámbito de lo social que no sea el hogar.

11 Para elaborar este apartado he tenido en cuenta el grueso de la obra de Eibesfeldt, pero es casi inevitable que la mayor parte de las referencias procedan de su obra magna, compilatoria y más actual: Eibl-Eibesfeldt, I.: *Biología del comportamiento humano. Manual de etología humana*. Madrid, Alianza, 1993. A sus 900 páginas remitirán casi todas las críticas de este trabajo.

12 Eibl-Eibesfeldt: *Biología del comportamiento...*, p. 306.

13 Bleier, R.: *Op. cit.*, Cap. 4.

14 Eibl-Eibesfeldt, I.: *Guerra y paz*, p. 252.

Afirma que los varones son más independientes, basándose en algunas observaciones en guarderías de la conducta infantil de alejamiento de la madre y «pruebas» del siguiente tenor: «a partir del octavo año de edad, y según una encuesta con cuestionarios, las muchachas se consideran a sí mismas más medrosas». ¹⁵ Objetaremos que el comportamiento de niños como índice de innatismo es muy poco fiable debido a la existencia tempranísima de aprendizaje, y que la percepción que las niñas de ocho años tienen de sí mismas no prueba innatismo más de lo que prueba reproducción de modelos sociales. Que el autor no lo tenga en cuenta no es de recibo en un discurso de pretendida científicidad.

Las mujeres serían más apocadas y cautelosas, obedientes, menos activas y menos dominantes, todo ello «probado» (cuando se aportan datos, que no siempre ocurre) con estudios de guarderías y niños de más de dos años y del ámbito occidental.

Algunas conclusiones sobre los rasgos de uno u otro sexo muestran la perspectiva androcéntrica del autor: «con frecuencia se observan regresiones en las mujeres que acaban de perder a sus maridos, en los ancianos delante de otras personas y en los niños que acaban de tener un hermanito». ¹⁶ Sólo los varones adultos quedan libres de regresión, cosa que probablemente es incierta. El resultado es alinear a las mujeres con los niños y los ancianos, en suma, con los desvalidos.

La mujer tiene «una capacidad primaria de asistencia, más orientada hacia lo vinculante. En el hombre predomina a menudo el comportamiento distanciadador». ¹⁷ No se aportan pruebas de lo dicho, que parece suponerse evidente, ni de que sea innato tal comportamiento. Además, la «tendencia al distanciamiento» en varones se contradice con la idea del autor de que los hombres tienen tendencia a formar grupos amistosos de su sexo y las mujeres no ¹⁸, y con su defensa de la preparación genética de hombres y mujeres para la pareja matrimonial.

La mujer, como vemos, es naturalmente desvalida, carece de autonomía y depende en todos los sentidos del varón, que es el proveedor por naturaleza, el independiente («el hombre, como sustentador de la mujer y de la prole,...») ¹⁹ Este punto de vista lo ilustran afirmaciones como la siguiente: «en presencia de varones, las muchachas se hacen pasar por seres inermes, y su comportamiento infantil desencadena el asistencial. También les gusta parecer algo tontitas y hacerse explicar cosas que ya saben. El comportamiento infantil forma parte del repertorio natural de la mujer». ²⁰

Resulta contradictorio, dentro del propio paradigma del autor, que conside-

15 Eibl-Eibesfeldt, I: *Biología del comportamiento...*, p. 307.

16 Eibl-Eibesfeldt, I: *Amor y odio*. Barcelona, Salvat, 1986, p. 152.

17 Eibl-Eibesfeldt, I: *Biología del comportamiento...*, p. 107.

18 Eibl-Eibesfeldt, I: *Amor y odio...*, p. 167, y *Guerra y paz...*, en general.

19 Eibl-Eibesfeldt, I: *Biología del comportamiento...*, p. 281.

20 Eibl-Eibesfeldt, I: *Amor y odio...*, p. 153.

re a las mujeres como eminentemente asistenciales y, al mismo tiempo, les atribuya el comportamiento contrario de provocación de asistencia (y no en otras mujeres, sino en varones, que se supone que no son asistenciales). Si las mujeres son fundamentalmente asistenciales, deberían ser los hombres y los niños los que desarrollaran mecanismos para provocar esa atención. La contradicción no es notada tal vez porque sus dos extremos abonan el estereotipo de la mujer como maternal pero necesitada de la tutela del hombre.

La tendencia natural de la mujer al engaño, el infantilismo y la irracionalidad que apreciamos en la cita es una petición de principio que no hay por qué aceptar, pero que Eibesfeldt repite constantemente en su obra cuando se refiere a las relaciones de la mujer con el varón.

Su empeño en demostrar que lo innato prevalece en el comportamiento diferencial de los sexos le lleva a aplicar la causalidad en el sentido que más le conviene: «los padres se comportan de manera diferente ya con los lactantes según se trate de niños o niñas, y esto, sin duda, es en parte respuesta a su comportamiento [el de los niños] sexualmente típico... Las diferencias preexistentes pueden llegar así a acentuarse educacionalmente».²¹ Es decir, no es que los padres eduquen a cada sexo según un determinado modelo de comportamiento y eso afecte a niños y niñas, sino que los lactantes provocan modos de educar diferentes en los padres según sean niños o niñas, los recién nacidos tienen más influencia sobre los padres que al revés. Creer que los padres educan a favor de lo innato es tan plausible como suponer lo contrario o suponer que no hay programa prefijado de comportamientos masculinos o femeninos.

1.2.- Capacidades intelectuales diferentes de cada sexo:

Al igual que muchos otros autores, Eibesfeldt cree, basándose en resultados de determinados test de inteligencia, que hay una clara diferenciación en las capacidades intelectuales innatas de mujeres y hombres: las mujeres son superiores en abstracción, lenguaje y atención, e inferiores en cálculo, representación y espacialidad. Esto le lleva a concluir que «el perfil de aptitudes de los profesionales técnicos es exactamente el opuesto al de las mujeres, lo cual explica la escasa representación femenina en tales profesiones».²²

Como han puesto de manifiesto L.Kamin o S.Gould,²³ la credibilidad de los test para conocer la inteligencia innata de las personas es prácticamente nula. Los test no pueden medir nada innato y seguimos sin tener pruebas concluyen-

21 Eibl-Eibesfeldt, I.: *Biología del comportamiento...*, p. 317.

22 *Ibidem*, p. 312.

23 Véanse Kamin, L.: *Ciencia y política del cociente intelectual*, Madrid, Siglo XXI, 1983; Gould, S.: *La falsa medida del hombre*, Barcelona, Antoni Bosch, 1984.

tes de que haya diferencias genéticas que den cuenta de esas supuestas diferencias intelectuales.²⁴

Es muy significativo el enfoque del autor, que destierra a las mujeres de determinadas profesiones por motivos aparentemente genéticos. No aporta estudios que comparen el perfil de las profesionales técnicas con el del hombre medio, ni que comparen el perfil de éste con el del profesional técnico, lo cual sega ya el punto de vista adoptado. Además, obviar otras variables relevantes para que no haya mujeres en las profesiones técnicas es tendencioso: los modelos a imitar, los alientos que recibe cada sexo en orden a elegir profesión y otros factores sociales deberían, a todas luces, ser tenidos en cuenta.

Supone que la mujer tiene mayor capacidad verbal innata que el varón, pero esto lo desvaloriza diciendo seguidamente que el «lenguaje es para ellas un medio de comunicación social, mientras que para los hombres es más un medio de análisis intelectual»,²⁵ y afirma también, esta vez sin aportar dato alguno, que los varones pueden mantener dos procesos cognitivos simultáneamente con más facilidad que las mujeres. En general, presenta siempre a los varones bajo una perspectiva que les favorezca.

1.3.- Actitudes corporales innatas:

Constata en su material filmado que las actitudes corporales de mujeres y hombres son diferentes y cree ver universalidad e innatismo en ellas. Afirma que las mujeres no separan las piernas al sentarse (aunque no es raro verlas así en el propio material del autor), que no extienden los brazos y que se «presentan con más decencia». Aunque a veces parezca proponérselo, el autor no considera seriamente la influencia educativa en este terreno: «en las posturas hay mucho de influencia educativa» dice, «entre nosotros se exhorta a las muchachas a no sentarse con las piernas abiertas y a no arrellanarse»; pero seguido se sientan de manera «hombruna», lo cual puede depender de su virilización hormonal tras la menopausia.²⁶ Como se ve, primero parece atribuir un comportamiento a la educación y luego el contrario a las hormonas, la segunda parte desmiente que el autor se comprometa con la idea de la causalidad educativa. Dice también que «las mujeres expresan en el rostro cierta sumisión y los varones más bien dominio».²⁷ Cabe preguntarse si hay algo de objetividad en

24 Estas tópicas diferencias intelectuales de los sexos han sido ampliamente criticadas por R. Bleier en «Sex Differences Research: Science or Belief», en Bleier, R. (ed.): *Feminist Approaches to Science*. New York, Pergamon Press, 1988, pp. 147-164.

25 Eibl-Eibesfeldt, I: *Biología del comportamiento...*, p. 313.

26 *Ibidem*, p. 314

27 *Ibidem*, p. 214.

tal afirmación y, de haberla, cómo eso podría ser innato. Se diría que el dominio innato del varón y la sumisión de la mujer se presuponen, no se deducen o prueban.

2.- División natural del trabajo por sexos:

Parte de un modelo de división de tareas un tanto mítico que cree que corresponde al de las sociedades de cazadores-recolectores primitivos, y que habría quedado fijado genéticamente por ser adaptativo para la especie: la mujer dedicada a la maternidad y al «hogar» y el hombre saliendo a buscar recursos y ocupándose de lo social.

Eibesfeldt no ignora que, de haber habido una sociedad primigenia de cazadores-recolectores, en ella es más que probable que las mujeres —como mínimo— recolectaran, aportando, como ocurre en las actuales, más del 50% de la dieta del grupo. Pero no desarrolla las implicaciones de ese modelo más realista (aunque no sabemos si cierto), sino que se deja llevar por el estereotipo de la mujer dependiente. Es curioso que, aun sabiendo que la mujer también buscaría recursos, que también inventaría instrumentos, en suma, que estaría igualmente implicada en lo «no doméstico» (si es que cabe tal diferenciación), cuando se trata de mostrar una suerte de abstracción del modelo para aplicarla al ser humano actual equipara la caza del varón a la vida profesional, pero prescinde de la recolección femenina sin equipararla a nada, dejando a la mujer sólo el cuidado de los hijos, justamente en una sociedad en la que los hijos se escolarizan obligatoria y tempranamente y se tienen muy pocos por mujer.

La fuerza del estereotipo se impone, la mujer no está dotada para otra cosa que para ser ama de casa occidental de clase media o alta, y pretende que eso es lo más similar a la vida de la mujer primitiva. La idea del hombre proveedor le subyuga y le ciega: «la mujer, como dice LaBarre, ha sido liberada por el varón de la necesidad de procurarse su propio sustento como un animal salvaje».²⁸ Lo cierto es que no hay sociedad conocida humana que haya funcionado con ese ideal de Eibesfeldt de división del trabajo hasta la era industrial de mediados del siglo XX en Occidente y en determinadas clases sociales.

Los papeles los ha distribuido la naturaleza del siguiente modo: «Tareas típicamente viriles son la caza mayor y la defensa del grupo... A las mujeres les incumbe en primer lugar el cuidado de los lactantes y los niños pequeños y la dirección del hogar».²⁹ A los hombres les corresponde el trabajo fuera del hogar y el poder social, que es lo más parecido hoy a la caza mayor y la defensa del grupo (?)

²⁸ *Ibidem*, p. 327.

²⁹ *Ibidem*, p. 305.

La conclusión de Eibesfeldt es clara y prescriptiva: «antes de combatir a ciegas la división tradicional [la que él considera tradicional: mujer en el hogar/hombre en el exterior] del trabajo, se debería investigar si ésta es o no razonable dentro de cierto marco, por un lado porque sirve al buen desarrollo del hijo y por otro porque responde a las propiedades constitutivas de hombre y mujer».³⁰

Intentando justificar su deseo de que la mujer no salga del «hogar», afirma que «la cultura de la mujer es en muchos aspectos más rica y en algunos me parece netamente superior a la del varón. Piénsese por ejemplo en las habilidades manuales del arte doméstico. Me atrevería incluso a dudar de que el trabajo del profesional medio plantee mayores exigencias de ingenio, fantasía y ánimo que la educación de varios hijos de edades diversas».³¹ De donde se deduce que mujeres y hombres podrían intercambiar los roles sin problemas de capacitación innata, no que la mujer deba confinarse en lo doméstico.

La «tendencia del varón al dominio»³² explica y justifica que los puestos de poder los ocupen varones, a las mujeres «parecen interesarles menos la administración y la vida política».³³ De manera que el lugar innato de la mujer es la subordinación al varón, los ámbitos de toma de decisiones públicas no le competen por naturaleza.

En general, los análisis de Eibesfeldt en este terreno tienden a ser sesgados y chatos, revelan la presencia implícita de un viejo y conocido tópico: la inferioridad natural femenina. No se plantea que la dominación a que se somete a la mujer apartándola de los ámbitos de toma de decisiones no puede nunca mostrarse como producto de programaciones innatas, sino del ejercicio concreto del poder.

3.- Las relaciones hombre-mujer:

Éstas se estudian exclusivamente en el ámbito de la pareja con unión sexual estable que lleva a la institución de una familia.

«El comportamiento humano en la copulación se ha puesto al servicio del vínculo de la pareja, más allá del fin original de la fecundación. Para ello se ha desarrollado la capacidad y disposición emocional de la mujer para dar entrada al hombre aun fuera de los días fértiles y proporcionarle una satisfacción reforzadora del vínculo. Además es capaz de experimentar orgasmo, lo que la une fuertemente al varón».³⁴ El enfoque es claramente androcéntrico, no se considera en absoluto la satisfacción de la mujer ni una posible vinculación del hombre a ésta a través de su orgasmo. La sexualidad femenina es subsidiaria de la del varón.

³⁰ *Ibidem*, p. 325.

³¹ *Ibidem*, p. 329.

³² *Ibidem*, p. 333.

³³ *Ibidem*, p. 321.

³⁴ *Ibidem*, p. 272.

El cortejo, que se precia de haber estudiado a fondo, sería universalmente como sigue: «si una muchacha recibe la mirada de un posible pretendiente humilla la cabeza y baja los párpados».³⁵ Este comportamiento lo describe y fotografía sólo en mujeres, cabe preguntarse si los hombres lo tienen y, desde luego, si es universal. Por su parte, «el varón hace gala de que se encuentra en condiciones de defender a su pareja», se presenta como «proveedor fiable y competente», y «es el hombre el que por lo general toma la iniciativa» en el contacto corporal, la mujer «opone por lo general resistencia a las solicitudes del hombre, aunque lo ame, y se muestra "dura"».³⁶ Cree que todo eso responde a programaciones innatas y que se explica porque «la mujer ha de intentar conservar el cariño y los cuidados de alguien que la provea»,³⁷ de ahí que en las mujeres haya, primero, una cierta prevención y, luego, «una disposición para el sometimiento, con su correlativo placer en someterse» que se corresponde con el hecho de que hay «en la conducta sexual masculina una especie de disposición para el dominio y, junto con ella, un placer en dominar».³⁸ No se aportan datos, ni servirían sin pruebas del placer experimentado por los hombres al ser sometidos o de las mujeres al dominar. Ni que decir tiene que esas «disposiciones» pueden servir para dar justificación biológica a comportamientos de atropello sexual por parte del varón.

La mujer, pese a ese sometimiento y falta de iniciativa, es innatamente artera y engañadora: «la mujer sabe cómo someter al varón a una dependencia sexual, lo cual es otra forma de dominación, si bien específicamente femenina»,³⁹ «está dispuesta a ceder a la inclinación del varón y a subyugarlo así con el premio sexual».⁴⁰ El colofón es que, como consecuencia de nuestras disposiciones innatas, en el matrimonio, «una posición subalterna del varón da malos resultados».⁴¹

Las pruebas aportadas de sus «universales» sexuales suelen faltar por completo y es difícil pensar que son otra cosa que opiniones sexistas del autor. Una muestra de la irrefutabilidad con que blindó su modelo de sexualidad es la forma que tiene de apuntalar sus ideas sobre el beso erótico: «se dice a menudo que esta forma de beso falta en determinadas culturas. Esto podría, desde luego, ser así, pero no contradice nuestra afirmación de que el beso es universal, es decir, algo implantado como programa. El hombre puede reprimir la mayoría de los patrones de comportamiento innatos».⁴² Argumentando así,

35 Eibl-Eibesfeldt, I.: *Amor y odio...*, p. 50.

36 Eibl-Eibesfeldt, I.: *Biología del...*, pp. 276-277.

37 *Ibidem*, p. 281.

38 *Ibidem*, p. 296.

39 *Ibidem*, p. 330.

40 Eibl-Eibesfeldt, I.: *Amor y odio...*, p. 156.

41 Eibl-Eibesfeldt, I.: *Biología del...*, p. 329.

42 *Ibidem*, p. 161.

cualquier cosa puede ser considerada innata; si no aparece nunca, se dice que ha sido reprimida culturalmente.

4.- La relación madre- hijo:

La «familia nuclear centrada en la madre»⁴³ responde para Eibesfeldt a una programación genética de la especie *Homo Sapiens*. A la mujer sólo le queda el papel de madre con el que identificarse y para el que está capacitada. La mujer se define en torno a la maternidad exclusivamente: «los perros falderos sirven para aliviar los deseos insatisfechos de cuidado de prole de las mujeres de cierta edad sin hijos...y si se observa la relación que tienen con sus dueñas, se comprueba que éstas los acarician y hablan con ellos como si fueran niños pequeños».⁴⁴ No se habla de gente con o sin hijos, hombres o mujeres, que tratan así a su gato o a su caballo.

El autor, en este respecto, cae en algunas contradicciones: los niños, según él, se ligan a una determinada persona de referencia, «lo decisivo para la elección de tal persona...[son] ciertos patrones de conducta de propensión cariñosa, como el acariciar, besar, hablar, estimular al diálogo y, finalmente, jugar con él».⁴⁵ Por tanto, lo que determina el vínculo no es el ser o no la madre biológica, pero Eibesfeldt olvida lo dicho y no considera en serio a lo largo de su obra otra persona de referencia para el niño que no sea la madre.

El sentimiento maternal, para Eibesfeldt, es innato en las mujeres. Un hecho que podría desmentirlo, el infanticidio practicado por muchas culturas, no se admite como contraprueba porque, según cree, nunca se ha practicado sin dolor y hay fortísimas programaciones innatas que lo inhiben. Puede objetarse a esto la alta frecuencia histórica que M. Harris postula del infanticidio por negligencia⁴⁶, el mismo Eibesfeldt admite que «donde el infanticidio es necesario por razones de control demográfico, estaremos ante un imperativo cultural experimentado como necesario y al que hay que plegarse»,⁴⁷ todo lo cual demostraría la superioridad de lo cultural sobre lo biológico, y dejaría en entredicho la influencia de ese instinto maternal.

La culpabilización de las mujeres si no se dedican en exclusiva a la maternidad es constante: «parece oportuno, y también natural, que el niño adquiera, a través del amor a la madre, la capacidad de amar a sus semejantes»,⁴⁸ «aquella

43 *Ibidem*, p. 274.

44 Eibl-Eibesfeldt, I.: *Amor y odio...*, p. 21.

45 Eibl-Eibesfeldt, I.: *Biología del...*, p. 218.

46 Harris, M. y Ross, E.B.: *Muerte, sexo y fecundidad. La regulación demográfica en las sociedades preindustriales y en desarrollo*. Madrid, Alianza, 1991.

47 Eibl-Eibesfeldt, I.: *Biología del...*, p. 226.

48 Eibl-Eibesfeldt, I.: *El hombre preprogramado*. Madrid, Alianza, 1977, p. 79.

confianza originaria que es la condición de un altruismo de mayor alcance se desarrolla en la relación madre-hijo... Sin socialización familiar [que equipara a esa relación] se acaba en una brutalidad de las relaciones humanas como muestra de manera terrible la situación de las grandes ciudades de América del sur y del norte».⁴⁹ Las madres son culpables de la falta de altruismo en las grandes ciudades, no la organización social, ni la política o la economía.

IV. CONCLUSIÓN

El punto de vista de Eibesfeldt respecto a la mujer está cargado de prejuicios que parten de un estereotipo que no se molesta en poner a prueba. Analizando los temas a que dedica sus obras, vemos que los varones los monopolizan: los hombres están involucrados en las cuestiones profesionales, intelectuales, jerárquicas, defensivas, deportivas, éticas, económicas, etc; las mujeres aparecen sólo en lo referente a la maternidad y a argucias sexuales para retener al varón. Libros enteros, como *Guerra y paz*, son incomprensibles si se intenta leerlos como si hablaran de la humanidad y sólo cobran sentido si se entiende que en realidad equiparan «humanidad» a «varones».

Sus conclusiones en cuanto al comportamiento femenino creo que no son dignas de ser tenidas en cuenta salvo como aviso para navegantes entre los que se adentren en la Etología Humana esperando encontrar objetividad.

Lo que Eibesfeldt piensa de los movimientos de liberación femenina queda reflejado en su obra con afirmaciones como las siguientes: refiriéndose al feminismo dice que «el lema de la discriminación se convierte cada vez más en una cáscara verbal sin contenido. Si se toma este concepto con suficiente amplitud, no habría nada que no pueda alcanzarse con él, pues es evidente que el hombre establece distinciones entre personas de diferente sexo, y por tanto, no deja de discriminar. Pero también discrimina cuanto cultiva amistades en diverso grado».⁵⁰

Concluiremos diciendo que el innatismo de los estereotipos femeninos y masculinos que Eibesfeldt defiende es, por supuesto, más que dudoso. Pero que incluso si tal cosa fuera cierta, la defensa que hace Eibesfeldt de esos roles «tradicionales» masculinos y femeninos y su recomendación de no alterarlos, no se derivan en absoluto de modo inmediato de sus presupuestos teóricos como etólogo humano. Considerar que puede haber pautas comportamentales filogenéticamente determinadas en el ser humano y que, al mismo tiempo, éste es sumamente maleable educacionalmente en su comportamiento (cosa que él se precia de defender), lleva a suponer que podría haber comportamientos que

49 Eibl-Eibesfeldt, I.: *Biología del...*, p. 224.

50 *Ibidem*, p. 215.

son «un lastre» para la vida actual y que pueden ser inhibidos ambientalmente si el ser humano lo considera necesario. Esto es lo que concluye el autor respecto a la agresividad humana o a la xenofobia, de las que dice que se pueden y se deben inhibir a través de la educación («los etólogos jamás han defendido la postura de aceptar la fatalidad de la agresión...no tenemos por qué aceptar con indiferencia y pasividad esa herencia»),⁵¹ pero no concluye lo mismo en lo referente a la diferenciación de roles por sexos. El porqué no lo hace sólo puede obedecer a preferencias personales, que bien pueden ser muy distintas para alguien que, basándose en las ideas de Eibl-Eibesfeldt, llegue a la conclusión contraria: la de que tales roles hoy no son adaptativos o llevan a situaciones de manifiesta injusticia y, por tanto, sería deseable cambiarlos.

51 Eibl-Eibesfeldt, I.: *Guerra y paz...*, p. 177, En esta obra se dedican muchas páginas a indicar cómo sería posible evitar la agresión.